

VARELA, Javier, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990, 228 páginas.

La actitud de una sociedad ante la muerte, manifestada en gran parte en los ritos funerarios, y en particular el acercamiento al ceremonial que organiza los actos relativos a la muerte del rey, constituye un terreno de estudio de gran importancia, me parece, para entender los procesos y los rasgos definitorios de los diversos momentos históricos y culturales de una sociedad determinada, en este caso, la española. Aportan, además, este tipo de libros como el que reseño, una visión sumamente instructiva para los estudiosos de variadas disciplinas: historia, literatura, antropología, arte... La limitación de que a menudo adolecen las aproximaciones unilaterales a los territorios culturales puede ayudarse con estas miradas a los comportamientos sociales, en este caso frente a la muerte, como también serían muy de agradecer estudios específicos sobre otros campos de interés antropológico y cultural (la comida, los usos sexuales, la consideración de la infancia, la situación de la vejez) para algunos de los cuales existen estudios importantes casi siempre fuera de las fronteras españolas, como los espléndidos de Ariés o Minois sobre la infancia y la vejez respectivamente; carecemos en el ámbito hispánico (que yo sepa) de estudios específicos y de la extensión requerida.

El libro de Varela examina el ceremonial funerario desde el siglo XVI hasta el XIX, en sus diversos elementos y manifestaciones, desde la composición de la escena del tránsito, —pública y edificante en los Austrias, más familiar y privada en los Borbones decimonónicos—, hasta las honras y exequias que se celebran en las diversas ciudades en muestra de duelo y exaltación del rey muerto. Trata el cap. I de «La formación de la etiqueta funeraria» (15-48), capítulo en el que repasa la influencia de la casa de Borgogna, introducida en el reinado de Carlos V, apreciable pero no excesiva, y limitada casi siempre a circunstancias no relacionadas con la muerte: la organización de la casa (cámara, despensa y caballeriza), nombre de los oficios (sumiller, panetier, guardamangier...), manera de servir la comida al rey, quedando «lo relativo al aparato funerario [...] al margen de esta regulación» (17).

Las prácticas de tratamiento del cuerpo van pasando desde el embalsamamiento medieval al rechazo de la conservación post mortem¹, explicada en los primeros monarcas austriacos por el desdén ascético hacia el cuerpo, quizá de cuño erasmista en el caso del Emperador (18). Acto indispensable en el entierro es el reconocimiento del cadáver y la identificación del mismo antes de recibir la sepultura. La historia de los lugares sepulcrales de la monarquía española conoce bastantes peripecias. En la Edad Media y hasta entrado el XVI eran varios los lugares de enterramiento real (Las Huelgas de Burgos, catedral de Toledo, catedral de Granada), pero la creciente sacralización de la monarquía impulsa a colocar los sitios reales, incluida la sepultura, en el centro, lugar de la perfección mística, correspondiente a la función del monarca, centro y núcleo de sus dominios: El Escorial cumplirá este objetivo. El ceremonial, formación del cortejo, y el protocolo funerario se consolidan con Felipe II y durarán tres siglos (cfr. 29 para algunos detalles de este ceremonial). Muy interesante es el epígrafe que dedica Varela a las formas del dolor por la muerte del rey: los llantos y duelos inmoderados, las manifestaciones excesivas como mesarse los cabellos, herirse, golpearse², eran cada vez más rechazadas como supersticiosas e insensatas acciones. La ostentación de la fe católica de los monarcas hispanos se asocia, sobre todo con Felipe II, a una rigurosa mesura y serenidad externa a la hora de la muerte, momento de ejemplaridad edificante, que transcurre con la escasa compañía de confesores y monjes (no la familia) sujetando en sus manos una vela y un crucifijo. Para impedir que el moribundo se distraiga en estos

1. A partir de la muerte de Felipe IV se vuelve a introducir la práctica del embalsamamiento, reaccionado con todo un esquema de honores y simbolizaciones de las vísceras, el corazón particularmente, que se distribuyen entre distintos lugares de reposo y veneración; el convento de San Gil recibe el corazón y las entrañas de los reyes; el de las Descalzas, los despojos de las reinas. El cuerpo se expone en el Alcázar y luego custodiado por los monteros de Espinosa, según un horario perfectamente fijado, se traslada al Escorial (cfr. 81-91).

2. Un tal Pedrico, mozo de espuelas del príncipe don Juan, desesperado por la muerte de su amo, se abrió los sesos a cabezazos (ver p. 31); mutilaciones, flagelaciones, bofetadas y otros gestos ritualizados de gran intensidad se reiteran en numerosas ocasiones, y son reprimidos por disposiciones civiles y eclesiásticas de diversa eficacia.

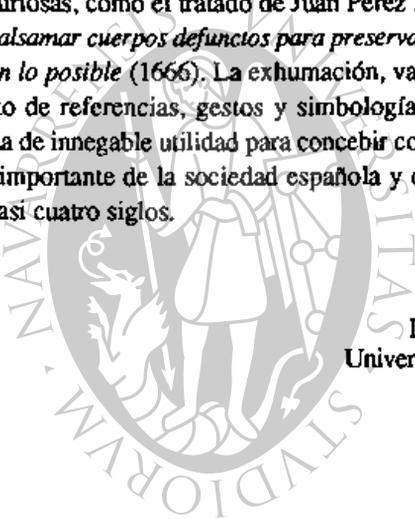
momentos en que la única preocupación debe ser la salvación, ni el cónyuge, hijos u otros allegados, lo acompañan en la hora del paso.

Los funerales se comentan en el cap. II «Castrum doloris» (49-62), que trae buenas descripciones del aparato fúnebre (túmulos, adornos funerarios, gran presencia de emblemas, etc.), y de sus sentidos simbólicos, que van dirigidos a colocar al muerto en un nivel cercano a la divinidad, mitificador de la figura regia, mientras que el III «El gran teatro de la muerte» (63-107) aborda numerosos aspectos del ámbito de la enfermedad y la muerte del rey principalmente en el Siglo XVII: aceptación de los males, prácticas curativas (que no excluyen a los curanderos, santiguadores y saludadores, bien conocidos en los textos satíricos auriseculares), reliquias y devociones a santos sanadores (San Isidro, su esposa Santa María de la Cabeza y San Diego de Alcalá son los principales valedores de la familia real española), ritual de la administración de los sacramentos, exposición del cadáver y traslado al panteón escorialense, etc. «La retórica funeral» (cap. IV, 109-132) estudia con más precisión el elemento decorativo, la composición de colgaduras, los contenidos de los emblemas que ilustran los catafalcos, con una serie de simbolismos bien conocidos en el XVII, pero que se harán cada vez más opacos en los siglos posteriores: pervivirá mucho tiempo el omnipresente esqueleto, pero decaerán jeroglíficos como el águila, el ave fénix, el espejo, y otros que proliferan en los catafalcos barrocos (cfr. 110-111). La arquitectura efímera de estos túmulos obedece también a disposiciones simbólicas: forma cuadrada (regularidad símbolo de la perfección), obeliscos, órdenes de columnas igualmente simbólicos (el dórico emblematiza la majestad; el jónico delicadeza y poderío, el corintio suavidad y gentileza, y así se utilizará en las piras de las reinas...). Lo domina todo la abundancia de cirios y hachas encendidas, y en general, como bien escribe Varela: «El despliegue iconográfico que acarcean los funerales regios, las imágenes misteriosas de los emblemas y jeroglíficos [...] el empleo del idioma artístico como medio de enseñanza moral, la invención de una refinada escenografía, relacionan estrechamente estas solemnidades con la cultura barroca entendida como conjunto retórico y teatral» (125). Los últimos capítulos, «La razón y la muerte» (IV, 133-162) y «Reyes y héroes» (V, 163-193) entran ya en la época de los Borbones, etapa de

la Ilustración, hasta las puertas de nuestro siglo XX. Lo que caracteriza la evolución de la etiqueta funeral y las actitudes ante la muerte de los reyes es una pérdida progresiva del ceremonial, la desintegración de las rigurosas codificaciones establecidas en el XVII. La tradición sigue actuando en gran parte de las etapas y prácticas posteriores, pero se notan cambios importantes, que llegarán a ser radicales: los médicos desplazan a los monjes; los elementos del cortejo y procesiones del entierro se modifican con la introducción del coche para el traslado al Escorial, y más adelante con el ferrocarril; cuerpos nuevos como la guardia de corps desplaza a los monteros de Espinosa; los esquemas jerárquicos de los cortejos y de las representaciones del clero y nobleza se desintegran hasta que el en XIX la concurrencia a las honras fúnebres es variada, con representaciones de gremios, banqueros, burguesía, colegios profesiones, etc. El Escorial deja de ser el lugar obligado de enterramiento y la nueva sensibilidad rechaza, al menos en algunos sectores sociales más influyentes, el exceso macabro de los túmulos barrocos. Mayor sobriedad, ponderación de la figura civil (menos sacralizada) del monarca, sustitución de los simbolismos anteriores, y sobre todo, nueva dimensión de la muerte del rey. La esfera de lo familiar frente a lo público, el patetismo frente a la impasibilidad y la disolución de la etiqueta marcan este proceso en los siglos XVIII-XIX. Los héroes patrióticos (sobre todo los muertos en la guerra de la Independencia, Daoiz y Velarde como protagonistas de excepción) reciben ahora también honras semejantes a las ofrendadas a las personas reales. La solemnidad de las ceremonias desaparece o se invierte en todo caso de un nuevo dramatismo que poco tiene que ver con el del XVII: baste comparar el cortejo que trasladaba el cuerpo de los Austrias al Escorial, viajando por la noche para arribar a la puerta del monasterio al amanecer, según unas pautas que relacionaban los ritmos cósmicos y naturales con los ritos funerarios, con la crónica que del último viaje de Alfonso XII hace en 1885 un periodista de *La Época*: «el ruido acompasado, ronco e incensante que la locomotora y los vagones producían al rodar sobre los raíles, parecía semejar el fúnebre redoble de una inmensa banda de tambores destemplados a la funerala; y aquellas oleadas de vapor y humo que las válvulas de la máquina despiden, diríase que son nubes de incienso que la naturaleza y

el genio del hombre de nuestros días envían al Todopoderoso en holocausto por el alma del cristiano príncipe que ha dejado de ser» (173).

No menos interesantes que muchos de los datos aportados resultan algunas de las sesenta y nueve ilustraciones que acompañan al estudio: se aprecian en estas diversas formaciones de entierros reales, orden de los cortejos, apuntes y dibujos de diferentes túmulos, adornos funerales y jeroglíficos de diversa índole que completan valiosamente este trabajo de Varela, lo mismo que la bibliografía final, en la que encontrará el curioso lector algunas referencias de dudosa actualidad, pero sin duda curiosas, como el tratado de Juan Pérez Fadrique, *Modo práctico de embalsamar cuerpos defuncios para preservarlos incorruptos y eternizarlos en lo posible* (1666). La exhumación, valga la metáfora, de este conjunto de referencias, gestos y simbología funerarios nos ofrece una ayuda de innegable utilidad para concebir con más precisión un aspecto tan importante de la sociedad española y de la vida de su corte en estos casi cuatro siglos.



Ignacio Arellano
Universidad de Navarra